

PASAIA / Altas miras de Altamira

El pueblo de Pasaia ha tributado un homenaje de sentido reconocimiento a Altamira Puente, bibliotecaria de la villa desde 1960 a 1993. En aquel trayecto histórico, y antes y después, esta mujer de desmedido afecto por los libros ha llevado a cabo una de las misiones pedagógicas más singulares: enseñar a los niños a entrar en un libro, recorrer el camino de las palabras, ir hacia ellas, y salir del proceso misterioso y no menos singular de la lectura con algo de brillo en los ojos y en la mente. No sabemos cómo lograba esta mujer que los menores se engancharan a la lectura, pero quienes tuvieron la suerte de caer un día, muchos días, por la Biblioteca de Pasajes Antxo, saben de sus efectos benefactores.

Altamira Puente acudió al acto desprovista de cuartillas y algo nerviosa, dijo, por no haber preparado nada para la ocasión y tener que improvisar. Es el nerviosismo propio de una mujer de noventa y dos años -ella dijo noventa, pero luego pidió excusas a la organización por haber mentido en público en asunto tan trascendente-, que vuelve a una Biblioteca a la que ha entregado toda su vida. Una biblioteca que cumple ahora medio siglo. Convendría tener en cuenta que en 1957 tan sólo tres pueblos de Guipúzcoa contaban con una biblioteca.

Altamira Puente, sabedora de que toda renovación pedagógica comienza por habilitar las herramientas, supo convocar entonces a algunos pasaitarras para poner en marcha una biblioteca, sin medios, que es otra de los méritos de esta mujer, de sus logros, por no decir de sus milagros. Todo esto resulta aún más singular si recordamos que otros responsables de Bibliotecas han presumido entre nosotros de no haber gastado a fin de año todo el escaso dinero asignado por la institución correspondiente para compra de libros.

Pero el verdadero milagro de la bibliotecaria más ilustre de Pasaia -y parte del extranjero- es la transferencia de una suerte de magia, encanto o no se sabe qué, pero que ella posee, y que sabía depositar en los infantes. Cuenta Altamira Puente -en realidad debería decir Altita, que es el verdadero nombre a efectos afectivos- que ella decía a un niño o niña: mira, este objeto -si se puede llamar objeto a un libro- te puede responder a todas las preguntas. Además, el libro no te va a fallar nunca y siempre te guardará el secreto, tu secreto. El libro es la única persona que te va a guardar siempre los secretos. Tú le preguntas lo que quieres saber y el libro te responde. Siempre te responderá. Pero un libro nunca dirá a nadie qué preguntas le haces. Por eso, el libro será siempre el amigo más fiel: tu mejor amigo. La fórmula funciona.

Cuando Altita dice estas cosas, aunque sea improvisando -convendría que nos explicara a su vez la técnica de improvisación para cuando se cumplen noventa y dos años-, las afirma con tal claridad, elocuencia, sencillez, sentido y temblor, que uno no se explica cómo no se predica y difunde en

todos los lugares su discurso. Cómo no se le saca en la televisión a esta mujer -aunque sea, y a ser posible, en horario infantil-, para que diga estas cosas tan profundas y sencillas a la vez. Tan llenas de pedagogía visible y efectiva.

Vivimos en un tiempo en el que el libro ha sido destronado por máquinas que nos hablan. Son máquinas de mucha magia, pero de escasa entraña, que succionan lo mejor de cada uno, y dan bien poco, salvo fervor por el consumo. Hace medio siglo, cuando nació la biblioteca de Pasaia, la Unesco consideraba como analfabeto funcional a toda aquella persona que no sabía leer y escribir.

Como los tiempos cambian, hoy ese índice ha variado y se entiende que es analfabeto todo aquel que no puede expresar y comunicar lo que piensa sin auxilio de terceras personas. Altita Puente no reparó nunca en el valor de la estadística, sino en la función práctica. Y así, al lado de la pedagogía diaria de la lectura, procuró despertar otras inquietudes: desde los concursos de redacción a los de pintura, que pronto convertiría en Premios, abiertos y universales. Ella ha sido la inventora del premio de Poesía Villa de Pasaia (en castellano) y del Pasaia Hiria (euskera), que es ya un clásico de referencia en nuestras letras, y en el que se han valorado las líricas de medio centenar de escritores vascos a lo largo de un cuarto de siglo, con la edición de los poemarios. Tareas para las que Altita logró siempre la complicidad del Ayuntamiento de turno.

Pero si algo convendría resaltar hoy sobre la tarea civil y emocional de Altamira Puente es la inevitable juventud y novedad de su pensamiento. Todas sus reflexiones están llenas de sentido, al tiempo que transmiten su vencimiento por la poesía. Hay mucha poesía en sus palabras llenas de vida, como ha habido mucha poesía en su propia vida. Si las conductas se midieran por estas dosis, habría que decir que Altamira Puente ha sido más importante en la vida de la Villa de Pasajes que su Puerto, lamentando al mismo tiempo que alguien considere esto como una exageración. Allí cada cual, pero este sería el momento para concederle a Altita algún reconocimiento, medalla, galardón, formalidad pública del País Vasco, que respondiera, siquiera formalmente, a su conducta callada, efectiva y entregada a los demás.

Se me ocurre llamar la atención sobre este asunto o coincidencia: la consejera de Cultura del Gobierno Vasco, la directora de Emakunde, la vicerrectora de la Universidad del País Vasco, la diputada de Cultura de la Diputación Foral y la alcaldesa de Pasaia son, como Altamira Puente, mujeres. ¿Podrían ponerse de acuerdo, bien en todo o en parte, para tributar en salón solemne, con publicidad universal, un reconocimiento de Guipúzcoa a esta mujer de Mérito Ciudadano probado y aprobado? Aunque sólo fuera por escuchar una vez más a Altita pronunciar su fervor por el libro y la extensión de la cultura, merecería la pena.

Como, además, estas cosas de la cultura ya se sabe que no dan votos, podría incluso hacerse en periodo electoral. Lo importante es lo importante.